

## LOS X EN LA QUINTA VERGARA

---

Valeria Maino P.\*  
Mireya Redondo M.\*\*

A pesar de los recuerdos y testimonios que muchos extranjeros dejaron registrados en memorias y en artículos sobre la vida elegante que llevaba doña Blanca Vergara de Errázuriz<sup>1</sup>, en su Quinta de Viña del Mar, ninguno entrega una visión minuciosa de su cálido trato en la intimidad con sus amigos. En una simpática carta de Manuel Magallanes Moure dirigida a su hija Mireya, el 27 de Febrero de 1918<sup>2</sup>, hay una versión interesante de lo que era esa propiedad y su propietaria en esos años. El poeta, que no la conocía, cuenta el revuelo que les produjo a los decimales esta invitación, porque sin duda la veían como algo muy particular ya que en ese momento doña Blanca estaba distanciada de la vida social y político más allá de las fronteras nacionales y que culminó recién el 1 de Diciembre de 1917.

Su hija Blanca Elena estuvo detenida en Estados Unidos por haber asesinado a su marido, John de Saulles, un aristócrata destacado, de quien estaba divorciada. Por la relevancia pública de esta pareja, las alternativas del juicio llenaron por cuatro meses las páginas de la prensa amarilla norteamericana, europea y sudamericana, haciendo un paréntesis entre las sangrientas noticias de los avatares de la guerra, con no menos de trescientos periodistas destacados en las afueras de la prisión de Minelos, cercana a Nueva York. Afortunadamente, Blanca Elena fue absuelta con los votos favorables de todo el jurado, porque, desde el principio, por su singular belleza y juventud contó con el apoyo decidido de la prensa, de personas influyentes y de las sufragistas norteamericanas, que hicieron de Blanca Elena Errázuriz una mártir del machismo dominante de la época. En esos momentos álgidos, al saber la trágica noticia, doña Blanca Vergara había presionado al gobierno de Chile para que tomara cartas en el asunto, contratando al mismo tiempo al mejor equipo jurídico norteamericano para su defensa, y ella misma se trasladó a Nueva York para estar al lado de su hija.

---

\* Profesora de Historia y Geografía por la Pontificia Universidad Católica de Chile

\*\* Escritora.

1 Blanca Vergara Álvarez era hija de José Francisco Vergara Echevers, ingeniero, diputado, periodista, escritor, Ministro de Guerra en Campaña en la Guerra del Pacífico, candidato a la presidencia de la República, descreído y radical, y de doña Mercedes Álvarez, única nieta de Dolores Pérez, la dueña de las haciendas de Viña del Mar y de Las Siete Hermanas, desde 1840 hasta 1873, en que Mercedes las hereda. A su muerte, a la de Vergara, en 1889, estas haciendas se dividen entre sus dos hijos, Salvador y Blanca Vergara. Blanca queda con Las Siete Hermanas, donde su madre y su bisabuela plantaron el famoso jardín. Blanca Vergara nació en 1866 y casó en París con Guillermo Errázuriz Urmeneta, abogado, diputado y rico "industrial", como le decían sus amigos porque administraba las minas de carbón de Lebu y las fundiciones de su familia, en Guayacán y Tongoy. Por estas actividades, vivía en Viña del Mar para embarcarse rápidamente rumbo a Lebu o a Coquimbo, cuando las necesidades de esas empresas así lo requerían. Tenía tuberculosis, murió joven en París y como no se dedicó a actividades públicas, hay pocos antecedentes de él comparados con los de sus hermanos Rafael y José Tomás, conocidos por sus actuaciones políticas y artísticas respectivamente.

2 Esta carta pertenece a la familia Redondo Magallanes.

En una carta a su hijo Guillermo (Willy)<sup>3</sup>, le decía: "Es el mejor estudio de criminalistas en ese país, y demuestran día a día estar más convencidos de la inocencia de tu hermana. Ellos se encargarán también de acallar las infamias inventadas de que compraremos al jurado. Doblarle la mano a una hija de José Francisco Vergara no es fácil. Hasta el momento, al menos en Chile, hemos mantenido a los periodistas a raya."<sup>4</sup> Como una valerosa madre viuda, estaba dispuesta a no volver al país si no lo hacía con su desdichada hija. Y así fue. Los hermanos decimales, como se llamaban a sí mismos los integrantes del grupo de los X, sabían muchos de esos entretelones no conocidos en Chile porque uno de ellos, Alberto Ried, estaba en Nueva York y fue quien se encargó de visitar a la reclusa en los días del juicio para ofrecerle la ayuda de nuestra embajada y hacerle agradables esos difíciles momentos. En una de esas visitas Ried llevó a Rosita Renard<sup>5</sup>, que no la conocía pero que la abrazó emocionada, e interpretó para ella el concierto que daría días después en Nueva York, dejando perplejos a los atentos presos que escuchaban, desde el patio, la música que salía de la celda de la hermosa prisionera. Otro hermano decimal, Armando Donoso, publicó una síntesis de este asunto en la revista *Pacífico Magazine*, donde trabajaba en 1917.

Esta sería una de las tantas tragedias familiares que le tocó vivir a doña Blanca Vergara. Su hijo Hugo había muerto muy niño por una caída del caballo; Willy y esta hija se suicidarían más tarde. Mientras que las dos restantes, una entraba al convento y la otra enloquecía teniendo que encerrarla, porque, como su madre decía "era peligrosa en la casa". El poeta Magallanes se sorprende de que doña Blanca pudiera reír con ellos después de pasar tan trágicos momentos, apenas tres meses antes, pero ella misma, que tenía un temple especial, muchos años después confesaba en una carta a Matías Errázuriz que "si no tuviéramos esa flexibilidad de adaptación para pasar de las cimas nevadas a las ardientes profundidades, monótona resultaría la vida y no podría existir la joie de vivre ni las tragedias punzantes del vivir"<sup>6</sup> Este don de vivir al límite del gozo, del agrado y del dolor, tan propio de su generación, lo practicó hasta su vejez. Don Tobías Barros<sup>7</sup> la recuerda cuando iba rumbo a Portugal, para canjear a los chilenos provenientes de Alemania por los alemanes prisioneros de los aliados, después que Chile rompió relaciones con el III Reich, entre ellos se encontraba doña Blanca, que en ese momento vivía en Poitiers y pensaba morir ahí hasta que la convencieron que regresara a Chile con este grupo. Ella y su cuñada Eugenia Huici de Errázuriz, la belle chilienne de

---

3 Guillermo Errázuriz Vergara casó con María Edwards Mac-Clure, hermana de Agustín Edwards, político y diplomático destacado, dueño de *El Mercurio* y del banco de su nombre. Guillermo Errázuriz Vergara se suicidó más tarde en Europa, por su conflicto sentimental.

4 LARRAIN, Luz: "Blanca Elena : Memoria indiscreta de la Quinta Vergara", Sudamericana, Santiago, 1994.

5 Los detalles de la visita, a Blanca Elena Errázuriz en la prisión, de Rosita Renard y Alberto Ried, lo cuenta este miembro de los X en su libro "El mar trajo mi sangre", Edit. Del Pacífico, Santiago de Chile, 1956.

6 Cartas de Blanca Vergara a Matías Errázuriz, 1950, Archivo Sergio Fernández Larrain, en la Biblioteca Nacional.

7 Relatos de Tobías Barros Ortiz en sus memorias "Recogiendo los pasos: testigo militar y político del siglo XX", Edit. Planeta Chilena, Santiago, 1988.

setenta y siete y ochenta y tres años respectivamente-, en Biarritz lo invitaron con toda su familia a una agradable comida que habían hecho preparar en un restaurante de la ciudad. Al respecto, don Tobías decía: “las dos damas encantadoras como anfitrionas...Menú con Chez Maxim: ostras, fois gras, un pato à la Tour d`Argent... y soufflé. ¡En el cuarto año de la guerra!”.

Una invitación de doña Blanca a su Quinta de Viña del Mar significaba algo más que una simple reunión social del verano; ella era una mujer refinada y culta y gozaba de la condición de castellana feudal, porque su familia materna había sido dueña de todas las tierras del balneario, fundado por su padre en 1874, cuando era una niña de ocho años, circunstancia reconocida y manifestada en el trato diferente hacia ella dado por los lugareños y los veraneantes. Los integrantes del grupo de los X también conocían las diferencias de significado que tenían las invitaciones de doña Blanca, según fuera el lugar donde estaba: cuando iba a Santiago se alojaba en el Hotel Crillón, donde recibía a personas diversas, muchas por obligación y no siempre bien queridas, pero una invitación a su Quinta en Viña del Mar era otra cosa, se trataba de una reunión de elegidos.

En ese rincón protegido de los vientos marinos, su bisabuela doña Dolores Pérez de Álvarez, muerta en 1873, cuando doña Blanca tenía siete años, había reunido desde 1840 un conjunto de plantas de los trópicos por su hijo Salvador<sup>8</sup> en sus largos periplos por las lejanas tierras de China, India, Indonesia y las islas polinésicas, dando origen a un jardín botánico de una belleza insospechada, no sólo por la rareza de las especies, sino porque ahí se combinaban como en ningún otro lugar los árboles de las regiones frías de América, Asia y Europa con los propiamente tropicales. Entre cedros del Líbano, secuoyas de California, palmeras africanas, canarias, chinas y chilenas, helechos arbóreos y repollos de Juan Fernández, crecían liquidámbares del Canadá, yingos de la China, el árbol del viajero de Bengala, ombúes y jacarandás de las pampas argentinas, araucarias brasileñas, chilenas y de Nueva Zelanda, distintas variedades de eucaliptos de Australia, cafetos y árboles del té, rodeados armoniosamente de flores fragantes, con una tranquila laguna cubierta de nenúfares y caminos con múltiples estatuas, que rompían las perspectivas de este mágico jardín, o su “claustro”, como doña Blanca solía llamarlo.

Doña Blanca bautizó este jardín con el nombre de Quinta Vergara, al heredarlo de su madre, doña Mercedes Álvarez, única nieta de doña Dolores Pérez, y había sufrido transformaciones importantes bajo su mando. En 1908, hizo construir un sólido palacio veneciano, diseñado por el arquitecto italiano Ettore Petri y ella misma, en reemplazo de la vieja casa de sus mayores, muy alta y de adobe, destruida por el violento terremoto de

---

8 LARRAIN, Carlos; “Viña del Mar”, Editorial Nascimento, Santiago, 1942.

1906. También había remodelado su jardín con la ayuda de paisajistas franceses, que hizo venir de Europa especialmente para eso. Al momento de la invitación a los decimales, llevaba a cabo otras construcciones en sus propiedades con el arquitecto Aquiles Landoff, el autor del Teatro de Viña del Mar y de la casa de doña Blanca, en Concón, que figura como uno de los invitados en la carta de Magallanes a su hija. En este sentido y por las circunstancias del momento familiar, el ingreso a la Quinta era un verdadero privilegio, como Magallanes lo deja traslucir en su escrito, y lo muestran las vacilaciones e inquietudes que esto le producía a Pedro Prado, quien, a pesar de ser amigo de doña Blanca, y a quien ella lo había distinguido haciéndole esculpir uno de sus versos en una piedra del jardín, que aún se conserva, lo tenía con una desazón poco habitual en él. La incógnita era qué pretendía de ellos doña Blanca con esta invitación.

Habría que agregar otros antecedentes personales de Magallanes Moure a esta carta, para entenderla en todos sus matices. El poeta siempre le contaba sus aventuras a su única hija, en ese momento de doce años, en vez de comunicárselas directamente a su mujer, quien era prima suya, diez años mayor. No es extraño entonces que exagere la vejez de doña Blanca, al decir que tiene al menos sesenta años, cuando pocos días antes, el 20 de Enero, había cumplido cincuenta y dos, y que la describa como “un poco gordita”, cuando normalmente fue delgada, y vacile sobre si ella despide una radiante simpatía o lo contrario, para no irritar con sus palabras los celos de su mujer, que lo sabía fácil de caer enamorado de las sugerentes mujeres rubias y de ojos claros.

Hacia poco que había concluido una tórrida relación con Sara Hübner, la poetisa que traía enamorados a todos los que la conocían. El vate tenía en ese momento treinta y nueve años y veraneaba en Viña del Mar invitado por Pedro Prado, quien estaba con toda su familia.

Después de contarle a su hija sus actividades deportivas en la playa de Miramar con Pedro Prado, Alfonso Leng y Aquiles Landorff, quienes hacían acrobacias e intentaban el salto mortal, como también de un alegre encuentro en Valparaíso con Carlos Barella y Pedro Sienna y de las salidas con Prado, en las noches de luna, a caminar por la orilla del mar, o a pintar en los cerros arbolados de eucaliptos, le comenta que ha visto una película de moda, concluyendo que el “biógrafo” presentaba sólo temas triviales y era “una propaganda de mal gusto”, y luego, como contrapunto, inicia la descripción de la visita a doña Blanca Vergara en su Quinta, “porque es lo más interesante que he de contarte”, haciendo gala de mil detalles descriptivos para demostrarles lo que era vivir en un momento superior:

“El martes vino Landoff a decirnos que la señora Blanca nos invitaba a almorzar

por ayer miércoles. Estaríamos solos, es decir, sólo irían, a más de Pedro y yo, el maestro Leng, un joven Braga, y Aquiles, que es el arquitecto de la señora. Aceptamos la invitación, pero, a poco de irse Aquiles, empezó Pedro a trepidar, y ya decía que no iba, ya que iba, contentándome yo con replicarle que si él se excusaba yo haría lo mismo. Nos despedimos por fin en la noche en que iríamos.

Quedamos en que yo llegaría a Valparaíso por la mañana para comprar una camisa blanca, pues la que traje estaba sucia. Acababa de vestirme cuando recibo un recado de Pedro en que me pide que lo espere, que él va también a Valparaíso, a cortarse el pelo (yo me lo había cortado el Lunes) y a comprar un sombrero. Fuimos al puerto, y mientras Pedro se quedaba en la peluquería fui en busca de la camisa. Hube de hacer un gasto considerable. El tiempo urgía y no era cosa de ponerse a buscar lo más barato. Compré una camisa suelta con dos cuellos. ¡Me costó catorce pesos!

Echados atrás en una victoria, vamos camino de la Quinta de doña Blanca, muy peripuestos. Como desperté temprano y dormí poco, voy en un estado de soñolencia muy agradable y que me hace mirarlo todo con gran tranquilidad, con una tranquilidad indiferente. Voy con ánimo de poco asombro y con más ganas de sonreír que de hablar.

En la esquina de la casa, del parque de la casa, mejor dicho, nos esperaban Landoff y Braga. Atravesamos la gran puerta de reja y entramos a un ancho sendero de maicillo que va dividiendo grandes prados de pastito verde, en los que se elevan, aquí y allá, viejos y hermosos árboles, o se extienden al sol brillantes agrupaciones de geranios rojos, desde el gránate al anaranjado. Va subiendo el terreno poco a poco, hasta llegar a la casa, de estilo veneciano, con un claustro, o cerrador con columnas en todo el frente. En los prados, bajo los árboles, hay estatuas y bustos de mármol antiguos. No es una maravilla la casa por fuera; pero, ya dentro de ella, uno cree no estar en Chile.

Aquello puede ser Europa, una casa de la Europa señorial y respetable; pero Chile no es. Entramos por un vestíbulo cuadrado, grande como una plaza en cuya media luz la poca luz que pasa a través de las ventanas góticas con vidrieras de color uno, que viene deslumbrado con el sol de fuera, apenas alcanza a distinguir grandes y nobles muebles oscuros, tapices descoloridos y enormes cuadros borrosos en los muros.

Como la dueña de casa había salido de paseo dentro de su propiedad y aún no llegaba, pasamos a la biblioteca, una vasta sala de veinte metros de largo por diez de ancho, con piso de parquet, estanterías bajas en tres de sus costados muebles antiguos en trono a las murallas totalmente cubiertas de cuadros valiosísimos, casi todos de las viejas escuelas de Europa. Allí hay un piano de cola, y divanes y sillones, de modo que también puede ser esa enorme habitación sala de música.

En fin, que no les cuento en detalle todo lo que vi porque sería de no acabar

nunca.

Cuando llegó la señora, que había andado con Leng recorriendo la Quinta, al ver aparecer a una niña rubia, toda de blanco -traje y sombrero y zapatos pensé que detrás de ella vendría doña Blanca. Pero a poco, al ser presentado, hube conformarme a aceptar que esa dama algo gordita, rosada, de ojos azules y redondos, que también parecía una acompañante inglesa, era doña Blanca en persona. Una persona que se hace simpática al primer momento. (En realidad no es simpática, pero el agrado que hay en sus palabras y en su expresión despierta en uno simpatía). Nos saluda con alegría sencilla, nos hace bromas, nos da confianza.

Está en pie en medio de nosotros y al verla reír pienso, como debe haber sufrido esta señora no hace tiempo, cuando recibió la noticia de que su hija había muerto a su marido en país extranjero y ella hubo de embarcarse precipitadamente para ir en ayuda de la que mató. Ahora reía, como si la tragedia la tuviera olvidada, como si aquello hubiese acontecido hace mucho tiempo. ¿Y qué ha de hacer? Aquello pasó ya. La hija se salvó. Tiene razón, pues, para estar alegre.

El almuerzo, servido en una mesa redonda, cubierta de clarines rosados, fue muy agradable. Pequeños platos delicados, servidos por mozos de frac verde, con botones dorados. Servidos no, por cada cual tomaba su parte de la fuente, que era posada de asiento en asiento. Pedro tuvo colocación a la derecha de la señora; yo a la izquierda.

Mi estado de soñolencia me sirvió mucho, porque ya un poquito despierto con la conversación y el buen vino, tuve hasta ocurrencias de buena ley, que fueron celebradas por todos. Uno de los guisos, que era un huevo envuelto en crema y asentado en una rebanada de pan frito, llevaba, hecho con laminas de callampa negra, la cifra 10. Era una graciosa lisonja de la señora para nuestra hermandad... Concluido el almuerzo, durante el cual hubo una conversación fácil y agradable, salimos a fumar al aire libre, junto a la casa. La señora nos habría dejado, pero pronto apareció con una caja de puros y nos fue ofreciendo a cada uno. Fuimos después al jardín. Estaba bueno el día, pues aún cuando era de sol limpio, lo atemperaba un airecito de mar delicioso.

Fuimos al jardín, visitamos un palmario, una especie de cenador, con muchas palmas en macetero y una pila al fondo, después, invitados por la señora, fuimos a recorrer con ella la Quinta, que sube a los cerros y por ellos se extiende, con sus caminos entre los árboles y sus bosques de pino y sus quebradas por cuyo fondo corren hilillos de agua, que forman a veces cristalinas pozas. Y de vez en cuando, un escaño blanco bajo un gran árbol, solitario, aislado, invitado al reposo apacible. Todo es agreste, aparentemente por lo menos, y de una tranquilidad, de un sosiego, parecidos a los que



Blanca Vergara de Errázuriz, foto dedicada a Ettore Petri, arquitecto del Palacio Vergara.  
Fines de la década de 1910.

---





Blanca Vergara Álvarez, en París.

---



se encuentran en los cerros de que te he hablado. ¡Y que brava para andar es doña Blanca! A pesar de sus años debe tener unos sesenta, me parece camina cerro arriba con una agilidad y unos bríos de muchacha de quince. Hubo un momento en que yo fui junto a ella y de pronto, como nos adelantáramos a los demás, nos quedamos solos. Así seguimos, internándonos por los senderos empinados hasta llegar al límite de las plantaciones. Me contaba ella la maldad de las gentes que tres o cuatro veces la han quemado, intencionalmente, grandes plantaciones de viejos pinos y eucaliptus, y me mostraba los troncos ennegrecidos de los árboles que escaparon al incendio. El hecho es que anduvimos, anduvimos y no puedo negar que se me escapó un suspiro de satisfacción cuando empezamos a bajar, ya de regreso. Hay una explanada, a cierta altura, desde donde se ve toda la ciudad de Viña del Mar. Se ven las calles como canales, los chalets bañados de sol y rodeados de verdura y al fondo el mar, azul, muy azul, sin una arruga, llano e inmenso. Cómo me acordé de ustedes en medio de toda esa belleza y cómo pensé, Mireya, que haríamos hermosas excursiones por aquellos caminos que suben por entre árboles enormes.

Caminé un rato solo por los jardines del parque (después de dejar a la señora en la casa y con el pretexto de ir en busca de los demás), y en esos momentos, sentado a la sombra de los árboles, en uno de esos escaños blancos, los recordé a todos y pensé: ¡quien los tuviera aquí! Llegaron por fin los demás y volvimos a la casa.

Tomamos té en un vestíbulo como invernadero, pues habían muchas plantas, y en una mesita de mármol. Doña Blanca nos sirvió el té. Habían dulces delicadísimos. En seguida pasamos a la biblioteca, en donde Leng, Braga y Landoff hicieron música. Leng y Braga tocaron el piano y Aquiles el violín. Mientras la señora, reclinada en un diván oía la música, y Pedro la acompañaba, yo muy repantingado en un sillón de cedro con tapiz de seda rosa vieja, oía y fumaba un delicioso cigarrillo egipcio y me sentía un pachá...

En resumen: un día sumamente agradable, una señora sumamente agradable y las horas se pasaron sin sentir. Antes de despedirnos nos pidió doña Blanca que firmáramos el álbum de la Quinta, en el que están los nombres de todos los personajes que la han visitado.

Salimos a las 6 ½. Habíamos llegado a las 12 ½. Seis horas muy cortas".

Esta señora feudal, "que creó un ambiente propio, como una emanación de sí misma; mitad pagano, mitad místico, donde siendo la reina, también sabía ser la compañera y la amiga", -como decía uno de sus admiradores dejaría su calidad de tal al inicio de la segunda guerra, cuando, por necesidades económicas, vendió su Quinta a la Municipalidad de Viña del Mar, con su colección de cuadros, menos los familiares,

después de un siglo en posesión de su familia, recluyéndose en su fundo de Limache, cuando ya estaba prácticamente ciega. A pesar de la pérdida personal que esta decisión significaba, doña Blanca cuidó que el “corazón” de Viña, ese jardín con árboles de alto fuste y larga vida de los cinco continentes, siguiera siendo el testimonio del permanente trabajo de tres generaciones de mujeres amantes de las plantas, como lo fueron doña Dolores Pérez Flores, su nieta Mercedes Álvarez y su bisnieta, la propia doña Blanca Vergara Álvarez, mientras la calle Viana recordaría a los viñamarinos el origen del lusitano Francisco Álvarez, el comerciante y armador de Valparaíso que compró estos fundos para satisfacer la pasión de su mujer por las plantas, sin que por eso dejara de vislumbrar la plusvalía de esas tierras a largo plazo.<sup>9</sup>

Contradiendo las predicciones demográficas sobre la esperanza de vida en esos años, doña Blanca sobrevivió a sus amigos de los X,<sup>10</sup> Magallanes y Prado, doce y veinte años menores, viviendo con resignación tantas desdichas que le tocaron en su vida, sin perder por eso la ilusión por la parte buena de la vida, que la recuperaba a través del recuerdo, cada vez que escribía. Decía ella en unas cartas de 1952, dirigida a Matías Errázuriz,<sup>11</sup> el famoso diplomático, pariente de su marido, que vivía sus últimos días recluido en Zapallar, pasando una vejez solitaria y atormentada, porque lloraba a cada rato por el tiempo pasado irreparablemente perdido: “sólo después de los ochenta me he venido a dar cuenta de tanta cosa maravillosa y hermosa en mi vida”... “estamos los dos en plena y clara vejez física, que no nos permite hacer ni decir lo que deseamos”, lo cual “es una crueldad para dos charladores sociales”. La señora alegre, que Magallanes conoció ese verano de 1918, seguía adelante, manteniendo hasta el final la *joie de vivre*, un ánimo espiritual incomprensible para las generaciones posteriores a la suya, más escépticas e insatisfechas.

Con respecto al grupo de los X, primeros poetas y artistas alejados de las contingencias políticas y de la figuración pública, actitud que los diferenciaba de los grupos literarios y artísticos anteriores, era una cofradía de amigos que se congregaba para practicar el arte en un ambiente íntimo, cosa que doña Blanca apreciaba y lo había reflejado en el gesto del número X en un plato del menú. Eso era, como decía Magallanes, un reconocimiento de su parte a la hermandad de la amistad, pero también constituía una insinuación para que, sin palabras, se manifestara aquello que los X y su *equis* tenían de incógnito y sorpresivo. Un juego de desdoblamiento de la personalidad, donde, con fino humor todo estaba permitido en la intimidad fraterna.

---

9 *Ididem*.

10 Para más información véase “Los X en el arte chileno en el siglo XX”

11 Cartas de Blanca Vergara a Matías Errázuriz. Archivo Sergio Fernández Larrain, en la Biblioteca Nacional.